

dencia a ver la República Liberal como un todo armónico al que, además, se aproxima con una mirada que por momentos es inevitable calificar de hagiográfica.

RODRIGO ZULETA

Libros que no deberían publicarse

Amor y erotismo

Antonio Montaña

Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2005, 235 págs.

Decepcionante, es la palabra más adecuada. ¿Por qué? A este libro es preciso ante todo situarlo en su contexto. Como se trata de las conferencias dictadas dentro del área cultural de una universidad, un libro así tiene ya de por sí un ámbito propio y un público comprador, lo que lo justifica aparte de cualquier bondad o "necesidad" intrínseca de su existencia. Aparte de eso, nada lo salva. Hay libros que, casi por definición, y aparte de sus calidades intrínsecas, no deberían ser publicados. Cuando digo publicados me refiero a la acepción original de la palabra, esto es, hacerlos públicos, darlos al gran público. Son libros que están hechos para una circulación restringida dentro de un ámbito determinado, del cual, por simples motivos de mercadeo, no deberían salir. Son esos libros que agrupan conferencias, cursos, seminarios, charlas... Si se trata de temas muy especializados, está bien que circulen entre universidades y bibliotecas del mundo entero. Pero al hacerlos públicos el editor "va a la fija", es decir: va a perder la plata, a menos que la cosa sea subvencionada, como suele suceder cuando el editor es una universidad. (Entre otras cosas, y en contra de mi argumento, asegurar la venta de

un libro entre un grupo de alumnos es mucho más de lo que de ordinario vende un autor en Colombia).



Debo confesar que tengo cierta debilidad por una serie de escritores de la segunda mitad del siglo xx, a quienes podría llamar "cachacos" en todo el sentido de la palabra: Eduardo Caballero Calderón, su hermano Klim, su hijo Antonio, Álvaro Salom Becerra, Enrique Caballero Escovar, Alfredo Iriarte, Luis Zalamea, Luis Aguilera, Gonzalo Mallarino Botero, Daniel Samper Pizano, Antonio Montaña, por citar sólo algunos. Si se quiere, en poesía podríamos agregar a Alberto Ángel Montoya, y en filosofía a Nicolás Gómez Dávila. A veces ni siquiera escribieron, aunque fueron conocidos por sus "apuntes", como en los casos del "Runcho" Ortega o de Douglas Botero Boshell. Rara vez son novelistas, las más de las veces continúan una tradición que acaso arranque del costumbrismo del siglo xix. Se caracterizan por el gracejo bogotano, el humor fino y perenne, de clara estirpe inglesa, en el que la palabra más vulgar que se atraviesa es "carachas". No son la gran literatura ni aspiran a ello, pero divierten y a menudo enseñan. Al igual que el propio personaje del cachaco, están en vías de extinción. No tienen mayor pretensión que lo que son: depositarios de una tradi-

ción de la cual se sienten justamente orgullosos. Escriben historias bogotanas o escriben historias universales con acento bogotano, con lenguaje y humor bogotanos.

Imaginé que este libro pertenecía a esta última categoría. Pero no. Se trata de un curso de esos para empleados de compañía de seguros o ingenieros en ciernes, en los que hay que ir al ritmo del que menos sabe y entiende... Me explico: para hablar del David de Miguel Ángel hay que empezar por explicar quién fue Miguel Ángel (tal vez no David, pues todo colombiano que se respete fue ahogado literalmente en su niñez en conocimientos bíblicos). O, mejor, en este libro se toma a los diálogos platónicos *El banquete* y *Fedro* como puntos de partida. De modo que el conferencista tiene que explicar antes que *El banquete* es un diálogo de Platón. Juan Bautista es un anacoreta. Luego el profesor debe añadir, para desesperación del lector, que un anacoreta es alguien empeñado en fortificar el espíritu. Es demasiado peligroso hacer filosofía de la historia delante de vendedores de seguros, o de ingenieros electrónicos que por fuerza deben tomar una materia electiva en el área cultural, si no se sostienen con chistes adecuados a su nivel. Pero por desgracia para el autor, esos chistes no salen luego en el libro ni es posible transcribirlos.

El tema es el amor y el erotismo a través de la historia y sobre todo, de la historia del arte. Consciente acaso de la necesidad de justificar la existencia del libro, Montaña intenta aclararse, alegando que sobre el tema hay una bibliografía muy extensa pero muy poco organizada y escasamente puesta al alcance del estudiante. Como justificación, sueña pésimo.

Como libro destinado a recoger la clase, éste es un libro frustrado y frustrante, al igual que alguno de Germán Espinosa, y no debería existir más que para su auditorio propio, esto es, los miembros de la empresa que pagó por ellos. ¡Si hasta al propio Nabokov se le desnuda el chasis en sus lecciones de literaturas rusa y europea!

No pretendo que los escritores en Colombia dejen de dictar charlas y conferencias. Qué le vamos a hacer. Quienes escribimos en este país tenemos que descender de cuando en cuando a esos terrenos anegadizos en busca del esquivo pedazo de pan. Tampoco pretendo que Montaña sea un mal escritor. No lo conozco, pero algunos amigos comunes me han dicho que además de un gran cocinero, se trata de uno de los hombres más graciosos y simpáticos del mundo, y uno de los mejores conversadores. No lo dudo. Personalmente, he gozado de varios de los libros de Montaña, en particular de su *Fauna social colombiana*, e incluso de aquella crónica novelada sobre la vida de don Casimiro Eiger y la navegación a vapor por el Magdalena. Pero éste no tiene nada que ver con aquellos.



Suele suceder que una alumna toma notas taquigráficas, cuando una más tecnificada no lleva simplemente una grabadora de la que después extrae juiciosamente copias escritas para el resto de los alumnos. Esto tiene sus ventajas pero muchos más inconvenientes. En primer lugar, el libro está lleno de errores de transcripción. Colbert se convierte en Coulbert... Maetzu en Maetzu. Además, sin toda la parafernalia de la charla en vivo y en directo, sin la atmósfera y el calor del momento, sin el *live* sino apenas el *replay*, las ideas resultan simplemente ramplonas:

“La coquetería no es otra cosa que la afirmación vanidosa, o vital, de la mujeridad”. ¡Mujeridad! O bien, “la mujer mueve el vientre y la cintura mimando un coito”. ¡Qué elegancia! O “Juan va a perder la cabeza, como la perdemos todos los enamorados ante la belleza, y todos los bobos ante un ombligo convertido en ojo del huracán”. Dudo además que el adjetivo “debilitación” sea correcto. Incluso resulta poco adecuada la conclusión muy colombiana después de una profunda mirada al fenómeno donjuanesco: “Sintetizando, Don Juan es buchipluma”.

Ahora bien, no podemos decir que sus reflexiones no sean interesantes. Lo son, y seguramente la clase que las produjo es bastante agradable y entretenida. Y es claro que en el libro también se cuele uno que otro dato simpático como cuando nos dice Wolfflin que Rubens les da a sus mujeres categoría de “pellizcables”. Es acaso lo único que nos puede hacer pellizcar en estas páginas.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Lecciones entretenidas de economía

Finanzas y financistas

Juan Camilo Restrepo Salazar
Bucaramanga, Sic Editorial, 2005,
245 págs.

No soy un experto en el tema económico. Admito que no todo en la historia son intrigas, banquetes y batallas. Y reconozco que todo el que pretenda de gustar de la historia tiene necesariamente que conocer algo de esa infraestructura que es la economía. Los libros de Juan Camilo Restrepo tienen ese don tan esquivo al libro económico: son amenos. Al leerlo se me olvida que está hablando de impuestos y políticas fiscales y no de emocionantes aventuras históricas.



Alejado temporalmente de “la cosa política”, Juan Camilo Restrepo se ha refugiado tras la barrera a considerar la economía y la misma política desde el punto de vista del analista y del periodista. Ahora publica un libro de ensayos sobre momentos económicos que han hecho historia en el mundo y en Colombia.

Debo resaltar, con la conciencia un poco culpable de no haber prestado al autor la ayuda que en materia documental me solicitó, sus estudios sobre dos transacciones famosas por la audacia y rapidez con que fueron ejecutadas, y porque cambiaron en su momento la geopolítica de la historia. La primera fue la compra de Luisiana por el presidente Jefferson a Napoleón. Y la segunda fue la compra que hizo Disraeli de un paquete accionario bastante importante de la sociedad del Canal de Suez en 1875.

Debo destacar, igualmente, el magnífico estudio sobre los fisiócratas y sobre Turgot, primer ministro de Finanzas de Luis XVI, un personaje que, como dice André Maurois acerca de Sully, “era unánimemente detestado, como debe serlo todo buen ministro de Finanzas”. Simplificando las cosas, escribe Restrepo, podemos decir que el rótulo del pensamiento económico de la Ilustración fue el de la fisiocracia.

Luis XVI, “menos tonto de lo que se cree”, tuvo varios famosos ministros, pero ninguno tanto como el per-